

castas, ¿por qué os dejasteis coger? ahora yo quiero salvaros de la muerte y labraros nidos, donde crezcáis y os multipliquéis, según el mandato de nuestro Criador. » — Y fué san Francisco, y labró nidos á todas; y ellas los habitaron, y comenzaron á poner sus huevos y empollarlos á la vista de los frailes; y tan domésticas se mostraban con san Francisco y con los demás frailes, como si fuesen gallinas criadas á mano; y no volaron hasta que san Francisco con su bendición les dió venia para partirse. Y dijo san Francisco al mancebo que se las había dado: — « Hijito mío, todavía serás tú fraile de esta Orden, y servirás preciosamente á Jesucristo. » — Y así fué, porque el mozo entró fraile, y vivió muy santamente en la Orden (13).

Hermanos llamaba Francisco amorosamente á los seres todos del universo; á los irracionales hablaba y enseñaba cual si fuesen capaces de razonado juicio; y á su voz atraídos, obedecían y se postraban. Saludábanle todos los conciertos de la naturaleza, como pretende la fábula que saludaron á Apolo los ruiseñores y las cigarras de Delfos; y corrían los seres inferiores á él, como en los primeros virginales días del mundo corrían al hombre, ignorante aún de los crueles ardides de la caza. Cuando de Clusio subió Francisco al retiro del monte Albornia, de cada rama de los fresnos y hayas enormes, de cada seto de chaparros y espinos, de cada mata de retama ó tomillo oloroso, salieron piando regocijadas y canoras aves, que juntas en bandas le hicieron festivo recibimiento con blanda música, y se atropellaron á posársele en los hombros, á rodearle muy mansas; por lo cual dijo á su compañero:

« Fuerza será parar aquí, ya que los hermanos pajarillos se alegran tanto de vernos. »

Especial era su simpatía hacia todas las aves, acaso porque semejantes al alma sedienta de lo ideal y de lo infinito, abandonan la tierra y se remontan á esferas de claridad y esplendor, acercándose al sol, fuente de luz para el orbe, cual Dios lo es para el espíritu. Volviendo una tarde de Bevagna, vió con admiración el arbolado del camino cubierto de aves diversas que allí se aglomeraran; y entonces dijo á sus compañeros: — « Esperadme, que yo voy á predicar á las hermanas aves. » — Bajándose éstas de las ramas, formaron en semicírculo, y Francisco les habló del Criador que les había prestado alas veloces para ser libres, y abrigo de suaves plumas para desafiar la intemperie; de la providencia amorosa, que les da sustento y grano, á ellas que ni siembran ni siegan nunca; que les señaló por morada las regiones de la serena atmósfera, por refugio los recónditos valles y montañas, y por nido gigantescos árboles. — « Mucho os ama vuestro Criador, les repetía, cuando tantos bienes le debéis: guardaos, pues, hermanillas, del pecado de la ingratitud y alaben siempre vuestras gargantas á Dios. » — Abrieron las aves sus picos, tendieron el cuello, sacudieron las alas, é inclinándose, con apacibles gorjeos mostraron su júbilo, y Francisco las miraba y embelesábase su muchedumbre, belleza y variedad de pintados plumajes, y su familiaridad y atención en oír. Al cabo, bendiciéndolas, les dió licencia para que volasen. Y mientras Francisco se reprendía á sí propio por no haber pensado antes en predicar á las avecillas, que tan reverentes escuchaban la divina palabra, ellas dispersábanse por el cielo en cuatro bandadas, siguiendo la forma de la cruz trazada por el Santo. Así la predicación de la cruz de Cristo, renovada por Francisco, había de recorrer el mundo, llevándola los frailes, que

cual los pájaros no poseen cosa propia en esta vida y fían su sustento á la Providencia (14).

Á orillas del lago de Rieti dió á Francisco un pescador exótica y arisca ave fría que allí mismo apresara : y el pájaro, que en manos del pescador se agitaba, deshaciéndose por cobrar la perdida libertad, quedóse sosegado al asirlo Francisco. Soltólo el Santo para que volase, y el pájaro se estuvo quieto hasta que Francisco, bendiciéndolo, le ordenó partir. Asimismo un halcón, habitante de los precipicios y tajos del monte Albernia, de tal modo se aficionó á Francisco, que con sus roncos graznidos le marcaba la hora del rezo, cuidando de atrasarla cuando estaba enfermo el penitente.

En el propio monte, al promediar sosegada noche de verano, departían Francisco y el amado compañero fray León, contemplando el firmamento adornado de innumerables luces, el gran concierto de los eternos resplandores, y el girar de la plateada rueda de la luna, cotejando quizá la maravillosa y concorde proporción de los astros y los cielos con la bajeza de la tierra, menudo átomo perdido en el espacio, á tiempo que un ruiseñor comenzó á verter desde un árbol próximo melodioso raudal de notas, con tal dulzura moduladas, que el ánimo suspendían. — « Oh hermano León, exclamó Francisco, ¿ no escuchas á ese ruiseñor cómo nos convida á que le ayudemos en loar á Dios? Cantemos, León, cantemos. » — « Yo no sé cantar, dijo León; canta tú, padre, que tienes voz sonora. » — Sintióse Francisco trovador otra vez, y entre el silencio y poética melancolía de la serena noche, cantó improvisadas estrofas porfiando con el pájaro. Enmudecía éste cuando Francisco alzaba su voz, y al callar el Santo, tornaba el ave á sus perlados arpegios. Largo rato

duró el torneo, creciendo á cada paso la destreza de los combatientes ; pero á Francisco iba ya faltando estro y voz, mientras la filomela, con garganta cada vez más ágil, con brío mayor, entonaba sus cadenciosos acordes : la naturaleza triunfaba del arte humano. — « Venciste, hermano mío ruiseñor », — dijo Francisco ; y llamando al ave, acaricióla con extraña alegría.

Gustaba á Francisco sobre manera la parda pluma de la alondra, semejante al franciscano sayal en su matiz humilde de ceniza y polvo ; asimismo le agradaba la campesina solfa de la cigarra, que parece alzar estridente y continuada loa al sol, al calor fecundo, á la cosecha. Un mediodía oyó á la rústica cantora, que entre las mieses entonaba su agreste música. Llamó al insecto, y colocándolo en la palma de la mano, convidóle á proseguir el comenzado canto (15). El insecto, sin asustarse, continuó haciendo funcionar su aparato musical por largo tiempo, hasta que Francisco le ordenó que volase. Así estuvo ocho días viniendo á la hora de la siesta á alegrar con su tonada á Francisco, hasta que éste acariciándola le dijo : — « Bien lo has hecho, hermana cigarra ; ahora te dejo libre, ve adonde te plazca más. » — Y abrió sus alas el insecto, sin que volviese á vérsese nunca.

Á veces Francisco en su inocencia reprendía á los irracionales como si en ellos cupiese discurso, y daba preceptos á la obediente naturaleza. Á los grajos y gorriones que infestaban el huerto de un convento, turbando con parlera algarabía las meditaciones de los solitarios, mandóles que callasen ó partiesen, y así lo hicieron dóciles. — Disponiéndose á predicar al pie de copuda encina, vió que subían por el arrugado tronco caravanas de hormigas ; y como Francisco estaba muy mal con las hormigas, por ser de condición tan aho-

riona y codiciosa, y tan desconfiadas de la Providencia, les ordenó abandonar el árbol; y el hormiguero desfiló en busca de otra guarida. San Buenaventura, el gran filósofo en quien la profundidad y alteza del raciocinio no limitan la fantasía poética ni la delicadeza del sentir, refiere cómo san Francisco, predicando en Alviano á tiempo que muchas golondrinas con píos y gorjeos cubrían su voz, les dijo: — «Golondrinas mis hermanas, harto habéis hablado; ahora me toca á mí. Escuchad la palabra de Dios, y callaos mientras el sermón dure»; — y ellas enmudecieron, quedándose inmóviles. Años después, un estudiante parisiense, al cual no dejaba estudiar la charla de una golondrina, dijo á sus condiscípulos: «Ésta es una de las que estorbaban en su plática al bienaventurado Francisco»; — y al ave: — «En nombre del siervo de Dios Francisco, te ordeno calles y vengas á mí.» — Y al punto la sintió que volando acudía á posarse en su hombro: pasmado le dió suelta, y volóse el ave sin cantar ya nunca más. Francisco era juez á veces de sus hermanillos inferiores, como solía él llamar á los animales; trájole en la primavera una alondra moñuda su pollada, y al notar que el mayor polluelo picoteaba á los menores hurtándoles el grano, le maldijo por cruel y ambicioso: vió á una lechona feroz devorar á un corderillo recental, y recordando por los palpitantes miembros de la inocente víctima á Jesucristo y sus tormentos y muerte, maldijo también á la culpable.

Si los animales glotones é inmundos que los imagineros de la Edad media esculpían en las gárgolas y canes, simbolizando pecados groseros y pasiones viles, eran para el delicado temperamento de Francisco objeto de repulsión y horror, las bestias salvajes y bravas, pero nobles, le atraían, y afanábase por aman-

sarlas y suavizar su natural fiereza, así como se desvivía por reblandecer con mansedumbre y amor el corazón empedernido de asesinos y salteadores. Gubio conserva aún memoria del famoso pacto celebrado entre Francisco y el lobo. Era éste uno de gran corpulencia y voracidad insaciable, que no atacaba sólo á los ganados, sino que aun en los viandantes y niños saciaba su rabia; y ya los habitantes de Gubio se habían reunido para batir el monte, resultando siempre infructuoso el ojeo y libre la fiera. Súpolo Francisco, y solo y desarmado, se encaminó al lugar donde se suponía guarecerse el lobo. Salió éste con los ojos hechos brasas y abiertas las temerosas fauces; y el Santo le dijo: — «En el nombre de Dios te ordeno que no vuelvas á causar daños»; y la fiera, súbitamente domesticada, vino á acostarse á sus pies. Y entonces Francisco la exhortó: — «Hermano lobo — le decía — muchos daños causas acá: no sólo acogotas y devoras los ganados, sino que te atreves á matar á los hombres, imágenes de Dios: mereces, pues, la horca como ladrón y homicida, y toda esta tierra está contra ti. Pero yo, hermano lobo, quiero poner paces: si tú no vuelves á hacer mal, ellos te perdonarán las pasadas ofensas.» — Bajó el lobo la cabeza como aprobando: — «Hermano lobo — prosiguió el Santo — esta tierra se compromete á alimentarte mientras vivas, porque el hambre no te obligue á ser malvado; pero es fuerza que tú me ofrezcas no atacar nunca á hombres ni animales: ¿me lo ofreces?» — Y el lobo inclinaba la cabeza. — «Dame señal del contrato» — añadió Francisco; — y el lobo levantó la pata y la colocó en la diestra del Santo. Ordenó éste á la bestia que le siguiese, é hizolo ella así, entrando ambos juntos en la plaza de Gubio; y allí, á la faz de

todo el pueblo, renovóse solemnemente el pacto. Y desde aquel día vivió en Gubio la fiera, entrando en cada casa, y siendo en todas regalada y acariciada como inofensivo faldero; y, añade el poeta incógnito de las *Floreillas*, de allí á dos años el hermano lobo murió de vejez, y muy llorado de los ciudadanos; porque el verle andar tan pacífico por la ciudad, les recordaba al santo Francisco (16).

Cuando el invierno amortaja con blanco sudario á la naturaleza; cuando la escarcha quema el botón de las plantas y mata los gérmenes y sepulta en frío sueño á la semilla, Francisco pensaba en las abejas yertas y desfallecidas, que carecían de un rayo de sol que las reanimase y de un cáliz de flor en que libar el sustento; y mandaba á las colmenas miel y vino generoso, con que se calentasen y mantuviesen los insectos trabajadores, los diligentes obreros del panal balsámico, que se derrite y consume ante el sagrario como el alma del extático en la contemplación y consideración divina (17). El día de Navidad, en que vence á la tristeza de la estación el júbilo del inefable misterio de Belén, acordábase Francisco de los pajarillos ateridos y hambrientos, y á estar en su mano, ordenara á los alcaides de las villas desparramar grano en campos y calles, á fin de que las aves se regocijasen también por el santo gozo de la Madre Virgen, y mandara á los dueños de mulas y bueyes les diesen doble ración de paja, heno y avena, en memoria de haber asistido al humilde nacimiento del Salvador del mundo. En las tiernas representaciones de Grecia; en aquella misa celebrada á media noche, sirviendo de altar un pesebre, de presbiterio una gruta, de nave del templo la vasta montaña, de cúpula la bóveda azul del firmamento, á cuyas titiladoras estrellas eclipsaba la luz de

los hachones llevados por innumerable pueblo que acudía de las campiñas próximas, como los pastores de Judea acudieron al portal á adorar á Jesucristo niño y desnudo; en aquel solemne drama, quiso Francisco que no faltase actor alguno, y colocó á los lados del altar el manso buey y la fuerte mula, y una vez más, al alzarse la sacrosanta hostia, reposó el divino Infante sobre la paja del pienso, entre los dos animales que velaron su primer sueño en la tierra.

Así era de Francisco convidada la naturaleza á la fiesta de nuestra redención. La naturaleza, que él amaba con tal ternura, que con tanta inteligencia comprendía, que atraía con tal poder; la naturaleza inspiró al trovador de Asís el magnífico himno al sol, la poesía más bella y conocida de todas las suyas; el cántico en que la lengua italiana comienza á romper su tosco capullo y á querer lanzarse, provista ya de alas y colores, á la sublime región del arte; cántico que, á despecho de la rudeza de la forma, emula por la fuerza de la inspiración al himno que brotó de entre las llamas del horno de Babilonia. La naturaleza, que, junto con el amor, hizo poeta á Francisco, celebró con demostraciones de alegría su feliz tránsito; y á la hora nocturna en que el alma del milagroso penitente arribaba á las playas luminosas del cielo, las alondras vestidas de sayal gris, á quienes Francisco llamara sus hermanas pobres, á pesar de su horror por las nieblas, acudieron á miles, revoloteando sobre la celda mortuoria; y cual los ruiseñores de Tracia en los funerales de Orfeo, celebraron la apoteosis de Francisco con las notas más alegres de sus melodiosas gargantas.

NOTAS.

(1) « En el pensamiento cristiano, el animal es sospechoso, la bestia parece una máscara. » (Michelet, *Biblia de la Humanidad*.)

(2) V. Ozanam, *Les poètes franciscains*.

(3) V. Menzel, *Geschichte der Deutschen Dichtung*; y Taine, *Histoire de la littérature anglaise*.

(4) Entre éstas pueden contarse las medidas adoptadas en Inglaterra y otros países para asegurar el bienestar de los animales, la prohibición de las vivisecciones, la sanción penal establecida en el Código de aquellas naciones para los atentados y violencias contra los animales domésticos, el aumento de las sociedades protectoras de animales y plantas, etc. No todo ello se debe por cierto á las corrientes panteísticas; en gran parte pueden atribuirse tales instituciones al deseo de fomentar la agricultura y la ganadería, y al de suavizar las costumbres: propósitos ambos muy loables y justos. Pero á poco que estudiemos el curso y desarrollo de las ideas filosóficas contemporáneas, percibiremos su influencia, directa ó indirecta, en el nuevo criterio que regula la conducta para con el mundo animal. El transformismo y la teoría de la evolución que hacen al hombre descendiente de la bestia; el panteísmo idealista que confunde á todos los seres en la misma unidad sustancial y total, para evaporarlos luego en una abstracción; el naturalismo materialista que aplica al pensamiento humano la propia ley fatal que regula la caída de la piedra, han trascendido ¿y cómo no? al espíritu de las naciones de Europa. A esto se debe el que acoja la Iglesia con recelo y desconfianza instituciones como las *Sociedades protectoras*, que si no fueran originadas más que de natural piedad y conmiseración hacia los irracionales, estarían muy de acuerdo con la dulzura y amor peculiares de la Religión Católica.

(5) No parecerá exagerada tal afirmación al lector que conozca algo de los recientes sistemas pesimistas y deterministas.

(6) Lo narra la *Vida de san Karileff*.

(7) Refiérole la *Vida de san Antonio*.

(8) San Columbano.

(9) San Laumónovo.

(10) San Jerónimo, *Epístola á Heliodoro*.

(11) *Illustre exemplum, imo speculum, hujus humilitatis fuit Sanctus Franciscus, qui proinde per eam gratiam, et gloriam Dei, angelorum, et hominum est adeptus; nam primo per eam adeo possedit terram cordis et corporis sui, ut illa mansuetudine hac animi plane imbuta subjaceret se spiritui ad omnes labores, et penitentias... Secundo per eam accessit ad primævam innocentiam quam habuit Adam in Paradiso, ut animalia etiam fera eum quasi herum agnoscerent, uno ab eo mansueferi sinerent; aves, et agni eum quasi fratrem ambiebant, nec recedebant nisi accepta benedictione.* (Cornelio a Lapide, cit. por Chavín de Malán.)

(12) *Circa vermiculos etiam nimio flagrabat amore.* (Tomás de Celano, *Vida de san Francisco*.)

(13) *Fioretti di san Francesco*, c. xxii.

(14) *Fioretti di san Francesco*, c. xvi.

(15) La cigarra canta por medio de un complicado aparato, semejante á un tambor, que ocupa su cavidad torácico-abdominal, y por la analogía de tal instrumento con la humana laringe, no se considera impropio aplicar al reclamo de la cigarra el nombre de canto. (V. *Le Chant de la Cigale*, *Revue Scientifique*. — Diciembre 7 de 1877.)

(16) *Fioretti*, c. xx.

(17) *Et apibus in hyeme, ne frigoris algore deficerent, mel, sive optimum vinum faceret exhiberi.* (Tomás de Celano obra citada.)